

Auge y declive de una diáspora:

la Colonia alemana en la Ciudad de México

Jürgen Buchenau*

La ciudad de México ha sido desde hace mucho tiempo el hogar de una pequeña pero influyente comunidad de alemanes.¹ Esta colonia se autodefine como aquellos alemanes y sus descendientes que ejercen “ocupaciones respetables” y subsidian instituciones de habla alemana en la ciudad de México. Compuesta inicialmente por familias de clase media dedicadas al comercio y otras actividades, esta colonia empezó con 50 integrantes en los años 1820, para crecer hasta convertirse en una comunidad socialmente diversificada de tres mil personas para 1939.² No obstante, después de la Segunda Guerra Mundial, la comunidad alemana se fragmentó y perdió la influencia significativa de la que había gozado durante las primeras cuatro décadas del siglo XX. Sin duda alguna, la polarización producida por el régimen nazi en Alemania, la derrota alemana en la guerra y el surgimiento de un Estado central mexicano fuerte contribuyeron todos a dicho declive.

Como lo ilustra el uso de la palabra “colonia”, las comunidades comerciantes en Latinoamérica vivían en una tradición mediterránea transferida por los conquistadores ibéricos al Nuevo Mundo. Las “colonias” comerciantes se remontan a las ciudades de la Italia renacentista, donde los mercaderes formaban

* Traducción del inglés de Marta Gegúndez.

¹ Una versión anterior del presente ensayo apareció en *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas* (2002). Agradezco el apoyo financiero de la Universidad de Carolina del Norte en Charlotte y la Dotación Nacional para las Humanidades.

² Marianne Oeste de Bopp, “Die Deutschen in Mexiko”: Hartmut Fröschle (Hrsg.) *Die Deutschen in Lateinamerika: Schicksal und Leistung* (Tübingen, 1979), p. 491.

“diásporas comerciantes”³ según su ciudad de origen. A pesar de que estas colonias permanecían separadas de las élites en la ciudad receptora, interactuaban socialmente con ellas. Así, una colonia en una ciudad latinoamericana se componía de “aquellos que buscaban mantener su propia integridad racial y cultural aun cuando vivieran en una tierra extranjera que tuviera un gobierno independiente”.⁴ Este esfuerzo comprende un sentido de superioridad por encima de la sociedad receptora, el espíritu de pertenencia a una comunidad estrechamente entrelazada y una “conciencia territorial”:⁵ la noción de que la colonia constituye una parte integral del país receptor. Los miembros de una colonia permanecen distanciados de la cultura receptora; esperan un eventual regreso a su país de origen; y dado un tamaño suficiente de la diáspora, desarrollan instituciones diseñadas para promover la cultura de origen para beneficio de sus hijos.

El presente ensayo desafía las nociones dicotómicas existentes sobre las diásporas comerciantes alemanas en Latinoamérica. Con base en la teoría de la modernización, los recuentos anteriores alaban a los mercaderes alemanes por ayudar a encabezar la dolorosa pero necesaria modernización de la región.⁶ Influidos por el análisis de dependencia, los estudiosos posteriores censuran con dureza a los mismos recién llegados como contribuidores de la explotación imperialista de Latinoamérica, o incluso como partidarios entusiastas de la expansión nazi en la era de Hitler.⁷ Ambos modelos retratan a las diásporas extranjeras como enclaves que operan como instrumentos de la sociedad emisora

³ Con respecto a este término, véase Philip D. Curtin, *Cross-Cultural Trade in Global Perspective* (Cambridge, 1984).

⁴ Ethelyn C. Davis, “The American Colony in Mexico City”, tesis doctoral, University of Missouri, 1942, p. ii.

⁵ Silke Nagel, “Integration oder nationalistische Abgrenzung? Deutsche Einwanderer in Mexiko-Stadt”, Magisterarbeit, Freie Universität Berlin, 1991, p. 5.

⁶ Un buen ejemplo es Wilhelm Pferdekamp, *Auf Humboldts Spuren: Deutsche im jungen Mexiko* (Munich, 1958).

⁷ En cuanto a los alemanes en México, consúltese Brígida von Mentz et al., *Los pioneros del imperialismo alemán en México* (México, 1982); ídem, *Los empresarios alemanes, el Tercer Reich y la oposición de derecha a Cárdenas*, 2 vols. (México, 1987); y Luz María Martínez Montiel y Araceli Reynoso Medina, “Inmigración europea y asiática, siglos XIX y XX”: Guillermo Bonfil Batalla (ed.), *Simbiosis de culturas: Los inmigrantes y su cultura en México* (México, 1993), especialmente p. 336-65.

y que rehúsan incorporar cualquier influencia de la sociedad receptora. La colonia alemana de México, sin embargo, no se ajusta a esta imagen. La fase de enclave representó solamente un periodo relativamente breve en la historia de la diáspora; los hombres de negocios alemanes en México rehusaron convertirse en lacayos de los intereses geopolíticos ya fuera del Káiser o de Hitler; y los alemanes llegaron a aceptar gradualmente la cultura mexicana. Por consiguiente, un enfoque que acentúe las ambigüedades de la experiencia inmigrante como una teoría transnacional está más próximo a encajar en la experiencia alemana en la ciudad de México.⁸

Las páginas siguientes examinan tres estadios de la identidad nacional en la colonia alemana. La “fase formativa” (1821-94) creó una protodiáspora: una comunidad residente [*sojourner*] caracterizada por la reemigración de los *Handelskonquistadoren*,⁹ o conquistadores comerciantes, tras unos cuantos años exitosos en México. Durante la “fase de enclave” (1894-1945), los alemanes crearon una diáspora madura en México que incluyó un colegio alemán y un número de instituciones sociales y culturales. Finalmente, la “fase asimilacionista” ha marcado la absorción gradual de la colonia alemana antigua a la burguesía mexicana a partir de 1945, y el surgimiento de una polidiáspora de varios grupos diferentes dentro de la amplia comunidad alemana.

LA CREACIÓN DE LA COLONIA ALEMANA, 1821-1900

El México decimonónico atrajo a pocos de los inmigrantes tradicionales que caracterizaban a las diásporas alemanas en otras partes de América. Con la importante excepción de los cafetales de Chiapas, la mayoría de los campesinos no mostraba interés por México. Accidentado y montañoso, el país posee poca

⁸ Para representantes de esta teoría diversa véase Linda Basch, Nina Glick Schiller y Cristina Szanton Blanc, *Nations Unbound: Transnational Projects, Postcolonial Predicaments, and Deterritorialized Nation-States* (Langhorne, 1994); Arjun Appadurai, “Global Ethnoscapes: Notes and Queries for a Transnational Anthropology”: Richard G. Fox (ed.), *Recapturing Anthropology: Working in the Present* (Santa Fe, 1991), p. 191-210; y Gabriel Sheffer, “Ethnic Diasporas: A Threat to Their Hosts?”: Myron Weiner (ed.), *International Migration and Security* (Boulder, 1993), p. 263-86.

⁹ Walther Bernecker; *Die Handelskonquistadoren: Europäische Interessen und mexikanischer Staat* (Stuttgart, 1988).

y preciada tierra de labranza de la clase que alentaba la inmigración a Argentina, Brasil, Canadá y Estados Unidos. Gran parte de la tierra cultivable requiere trabajo duro e irrigación para producir suficientes cosechas, y con la llegada de la independencia las mejores tierras estaban en manos de una élite terrateniente. Para rematar, el gobierno mexicano no otorgó asistencia a los proyectos de colonización rural, lo que condenó a todos los esquemas de inmigración agraria salvo los mejor financiados.¹⁰ La existencia como jornaleros rurales condenó a los inmigrantes rurales a competir por los trabajos con el campesinado mexicano –difícilmente el ideal de un europeo que busca una vida mejor–.¹¹ En cuanto a los artesanos, los bajos salarios y un exceso de artesanos calificados hizo la migración a México similarmente desapetecible, y los profesionistas lamentaban la falta de oportunidades en un país con una clase media diminuta. Hasta mediados del siglo, los comerciantes e intelectuales predominaban entre un mero goteo de inmigrantes alemanes. Los comerciantes en particular vieron oportunidades de enriquecimiento en un país sin una clase comerciante propia.

Inicialmente, sin embargo, los problemas del país dificultaban la vida para los comerciantes extranjeros. Conflicto prolongado, las guerras de Independencia (1810-21) dejaron la economía en la ruina y la autoridad central severamente debilitada. En las décadas subsiguientes, México experimentó cuatro invasiones extranjeras de importancia debido en no poca medida al hecho de que los líderes militares, los *caudillos*, se disputaban con éxito la autoridad central en México. Durante los años 1830 y 1840, el comercio mexicano tocó fondo, ya que el bandidaje amenazaba el comercio por tierra. Adicionalmente, el país carecía de una base de clientes de bienes extranjeros. La mayoría campesina mexicana no tenía los medios para comprar bienes de fabricación extranjera, y la clase media urbana seguía siendo demasiado pequeña para estimular las importaciones.¹² Como resultado de los riesgos involucrados, la mayoría de los comerciantes mayoristas operaban con base en

¹⁰ George D. Berninger, *La inmigración en México, 1821-1857* (México, 1974).

¹¹ Bernecker, *Handelskonquistadoren*, p. 566-67.

¹² *Ibid.*, p. 460.

una comisión, práctica que los limitaba a hacer negocios con minoristas “confiables” en las ciudades mexicanas grandes. El comerciante mayorista típico vendía desde un *almacén*, una bodega comercial estratégicamente localizada y usualmente bien custodiada propiedad de un vástago de un clan de negociantes exportadores europeos. Además, varias administraciones mexicanas habían experimentado con la idea de prohibir la propiedad extranjera de los negocios minoristas, idea que sólo podría desalentar aún más a los capitalistas extranjeros.¹³

Para mediados del siglo, sin embargo, las recompensas tentaron a los comerciantes alemanes. Durante los años 1840, la mayoría de los dueños de almacén británicos se retiró del negocio de las importaciones en favor de la inversión en la minería y la banca, lo que dejó a los inmigrantes alemanes y franceses al control del comercio mayorista. El clima político también se volvió favorable. Durante los años 1850, la Reforma liberal intentó fomentar el libre comercio y la propiedad individual de la tierra.¹⁴ Inicialmente, las luchas continuas de los liberales con sus rivales conservadores descartaron la implementación de muchas de esas medidas. Irónicamente, fue el emperador Maximiliano, llamado a escena por una alianza conservadora francesa, quien aseguró el triunfo del programa. En una traición a sus partidarios, Maximiliano apoyó la Reforma y dio fin a la legislación discriminadora que había desalentado la inmigración. Seducidos por el prospecto de vivir bajo un soberano austriaco, miles de inmigrantes de habla alemana acudieron en grandes números a México entre los años 1864 y 1867. Aunque la mayoría de ellos se regresó tras la ejecución de Maximiliano en 1867, una prominente presencia alemana se quedó en la ciudad de México.¹⁵

La mayoría de los comerciantes mayoristas alemanes de la ciudad de México vinieron como “conquistadores comerciantes,” y por lo tanto representaban un caso especial entre los inmigrantes a América. La mayoría de los

¹³ David A. Brading, *Miners and Merchants in Bourbon Mexico* (Cambridge, 1971), 97-99; Pferdekamp, *Auf Humboldts Spuren*, p. 55-60.

¹⁴ Richard N. Sinkin, *The Mexican Reform, 1855-1876: A Study in Liberal Nation-Building* (Austin, 1979).

¹⁵ Oeste de Bopp, “Die Deutschen in Mexiko” (núm. 1), p. 483-84; Hendrik Dane, *Die wirtschaftlichen Beziehungen Deutschlands zu Mexiko und Mittelamerika im neunzehnten Jahrhundert* (Köln, 1971), p. 53-64.

inmigrantes lo eran por necesidad, ya que huían de la persecución o de la pobreza en su patria. Los conquistadores comerciantes, por otra parte, eran migrantes por elección, porque deseaban enriquecerse rápidamente para regresar a un puesto en el negocio de sus padres. No es sorprendente que la mayoría de esos hombres se consideraran a sí mismos residentes temporales más que inmigrantes. Puesto que la mayoría de los empresarios anticipaban una estadía en México de duración relativamente corta, enviaban sus ganancias a su país en vez de asignar inversiones de capital significativas en su sociedad receptora. Típicamente, no traían consigo a sus familias; en su lugar, el comerciante típico llegaba soltero alrededor de los veinticinco años. Al compartir la visión predominante de que “ser más blanco” era mejor, se casaba principalmente con sus compatriotas comerciantes de su país de origen, y se segregaba de la sociedad que lo rodeaba en el proceso.¹⁶ Las actitudes prevalecientes entre la élite mexicana profundizaban el abismo que separaba a los inmigrantes de la sociedad receptora. Como indica el viejo adagio “México: madre de extranjeros y madrastra de mexicanos”, los inmigrantes europeos gozaban de un prestigio social superior al de muchos mexicanos ricos.¹⁷

La autosegregación de los inmigrantes con propiedades en la ciudad de México del siglo XIX asumió tres formas. De manera más importante, el residente extranjero evitaba el contacto privado con mexicanos. Segunda, se mantenía unido a las personas de su propia clase social, creencia religiosa y profesión. Por ejemplo, los comerciantes alemanes (que superaban ampliamente a los inmigrantes de otros grupos sociales en el siglo XIX) no se relacionaban con los trabajadores de las minas. Tercera, el residente no hacía nada para que su estancia en México pareciera permanente. Usualmente se casaba con una mujer de Alemania, no invertía en la producción, manufactura o bienes raíces locales y no procuraba la ciudadanía mexicana —paso que lo habría privado del importante recurso de la protección diplomática—. Debido a que

¹⁶ Walther L. Bernecker y Thomas Fischer, “Deutsche in Lateinamerika”: Klaus J. Bade, *Deutsche im Ausland—Fremde in Deutschland: Migration in Geschichte und Gegenwart* (Munich, 1992), p. 200-10.

¹⁷ Moisés González Navarro, *Los extranjeros en México y los mexicanos en el extranjero* (México, 1993), vol. 3, p. 460.

los comerciantes conformaban la mayor parte de las comunidades europeas de la ciudad de México, éstas los marcaban en consecuencia de manera indeleble como predominantemente hombres y conservadores.¹⁸

Así, la colonia alemana de alrededor de 350 individuos se convirtió en una versión rica de lo que los sociólogos llaman comunidades residentes –comunidades formadas por migrantes temporales con un interés personal limitado en la sociedad receptora–. Tres de cada cuatro de los alemanes eran hombres, y casi todas las mujeres estaban casadas. Aunque fuertes divisiones sociales marcaban a la comunidad alemana, los comerciantes dominaban incuestionablemente la escena. Debido a que la mayoría de ellos había hecho planes para regresar a su país natal antes de fundar una familia, su interés en la vida social se mantenía moderado: como su único club social significativo, asistían a la Deutsches Haus, o Casa Alemana. Fundada en 1848 en un esfuerzo por unificar a los expatriados alemanes divididos por sus lealtades políticas, la Deutsches Haus pronto se convirtió en el punto de reunión central de todos los alemanes en la ciudad de México. En ausencia de otras asociaciones como escuelas, iglesias, clubes deportivos o asociaciones benéficas, la comunidad alemana residente aún no se había convertido en una diáspora en el sentido verdadero. Los empresarios alemanes mostraban poco interés en contraer matrimonio con la élite mexicana, aunque hacerlo habría elevado su posición social. En vez de ello, los alemanes (como los británicos y un puñado de ciudadanos estadounidenses que vivían en México) pertenecían a las comunidades extranjeras más segregadas del México anterior a 1867.¹⁹ En contraste con los inmigrantes británicos y estadounidenses, sin embargo, los alemanes no podían contar con un Estado-nación poderoso para respaldar sus intereses. No es sorprendente que se requirieran tanto el proceso de modernización mexicano como el de la unificación alemana para crear una diáspora alemana genuina.

El triunfo de Benito Juárez sobre Maximiliano en junio de 1867, entonces, marcó un parteaguas en la historia de la colonia comerciante alemana. Con la victoria final de los liberales, México entró en una era de crecimiento econó-

¹⁸ Mentz, *Los pioneros del imperialismo alemán*, p. 333-62; Bernecker, *Handelskonquistadoren*, p. 581-93.

¹⁹ Mentz, *et al.*, *Los pioneros del imperialismo alemán*.

mico, producida por las exportaciones, que contribuyó a una estabilidad política mayor durante el porfiriato (1876-1911). Juárez y Díaz aprovecharon la oportunidad fomentada por la rápida industrialización de las economías noratlánticas. A pesar de las contracciones económicas, esas economías surgieron como mercados principales para los productos mexicanos, al igual que como fuentes de capital extranjero. Durante la era de Díaz, la construcción de una extensa red de ferrocarriles condujo a una reactivación de la industria minera y a un impulso para la producción de productos tropicales.²⁰ Como buenos liberales los porfiristas también soñaban con “blanquear” a México con una inmigración agraria masiva –proyecto condenado al fracaso debido a las situaciones sociales continuadas del campo–. La modernización comprendía un cambio en los valores e ideas de la élite –ideas que afectaban a los comerciantes extranjeros casi tanto como los nuevos parámetros políticos y económicos–. En la misma medida en que los modelos anglosajones dominaban las ideas económicas mexicanas de la época, el positivismo francés influía en el pensamiento social. La mayoría de los miembros de la élite gobernante era francófila y deseaba modelar a México según la Tercera República: una sociedad que combinara la idea conservadora del orden con la noción liberal del progreso material.²¹ En consecuencia, don Porfirio y sus consejeros buscaban aprender lo mejor que Europa y Estados Unidos podían ofrecer para sacar a México de la tradición y llevarlo a la modernidad. Más que un conjunto específico de ideas económicas o políticas, el pensamiento porfirista era una convicción: una noción generalizada de que México compartiría un día el primer plano con las naciones más “avanzadas” del mundo, como Gran Bretaña, Francia, Alemania y Estados Unidos.²²

Entretanto, la unificación alemana creó las condiciones para la expansión política y económica a Latinoamérica. De modo muy similar a como la revolución Industrial había pavimentado el camino de Otto von Bismarck al Imperio

²⁰ Este análisis del porfiriato sigue a François-Xavier Guerra, *Le Mexique de l'Ancien Régime à la Révolution* (París, 1986), vol. 1.

²¹ Mauricio Tenorio Trillo, *Mexico at the World's Fairs: Crafting a Modern Nation* (Berkeley, 1996), p. 20; Charles A. Hale, *The Transformation of Liberalism in Late Nineteenth-Century Mexico* (Princeton, 1989).

²² El término “convicción porfirista” viene de William Beezley, *Judas at the Jockey Club and Other Episodes of Porfirian Mexico* (Lincoln, 1987).

Alemania Unificada, la eliminación de fronteras internas fomentó a su vez la industrialización y la búsqueda de mercados para exportar. En México, los industrialistas alemanes encontraron un comprador ávido de ferretería, armas y productos químicos, y los diplomáticos del nuevo Estado centralizado pronto lo identificaron como un área clave en la cual los exportadores alemanes podrían desplazar a sus competidores británicos y franceses. Este esfuerzo encontró un éxito limitado. Durante los años 1880 y 1890, Alemania perdió lucrativas concesiones bancarias y de armas ante los franceses; aun así se convirtió en el cuarto exportador más importante hacia México. Si bien las exportaciones alemanas finalmente llegaron a sobrepasar las de sus dos rivales europeos durante los años 1900, sufrieron la misma derrota frente a Estados Unidos, dueños para 1910 del 70% de las importaciones mexicanas.²³

La era porfirista/imperial cambió el modo de hacer negocio de los comerciantes alemanes. Con la estabilidad política y la existencia de una infraestructura orientada a las exportaciones, habían creado el potencial para el tipo de mercado nacional que beneficiaba a las tiendas de especialidades. Mientras que los franceses monopolizaban la venta de textiles importados caros y los españoles dominaban el menudeo y la venta de novedades, los comerciantes alemanes se especializaron en ferretería, medicamentos, tintes e instrumentos musicales. Las tiendas de ferretería alemana vendían cuchillería, herramientas, maquinaria, implementos agrícolas y mineros, carruajes y máquinas de coser —en suma, el equipamiento necesario para desarrollar la economía—. A pesar del hecho de que Alemania había llegado tardíamente al estadio industrial, los comerciantes de Hamburgo, Bremen y Remscheid surgieron como los mayoristas de la ferretería en la ciudad de México.²⁴ Esos comerciantes pronto participaron al desarrollo del “México próspero”²⁵ y obtuvieron grandes ganancias en un periodo relativamente corto. En menor grado, los comerciantes especializados en medicamentos, joyería e instru-

²³ Friedrich Katz, *Deutschland, Diaz und die mexikanische Revolution* (Berlín, 1964).

²⁴ Mentz et al., *Los pioneros del imperialismo alemán*, p. 77; Bernecker, *Handelskonquistadoren*, p. 562.

²⁵ Paolo Riguzzi, “México próspero: las dimensiones de la imagen nacional en el porfiriato”: *Historias* 20 (1988), p. 137-57.

mentos musicales también tuvieron éxito al encontrar su nicho en ese sector próspero de importación.

La colonia alemana, por lo tanto, pasó a formar parte de la élite. Para consternación del gobierno imperial, los empresarios alemanes cooperaban con sus colegas de otros países. Por ejemplo, en 1877, varios comerciantes alemanes firmaron una petición de los “residentes estadounidenses” al presidente de Estados Unidos, Rutherford R. Hayes, solicitando que no retirara al cónsul de este país de la ciudad de México, acción que amenazaba las importaciones de ferretería estadounidense.²⁶ En 1888, los eminentes importadores ferreteros Roberto Boker y Cía. permitieron incluso que el consulado de Estados Unidos en la ciudad de México condujera transacciones financieras por medio de la compañía.²⁷ Por consiguiente, la lealtad nacional importaba menos que el objetivo final de hacer dinero en un entorno amigable para los intereses económicos extranjeros.²⁸ Aun cuando dos tercios de todas las casas comerciales alemanas quebraron en el periodo de 1867 a 80 –quiebra debida a la mayor competencia de los franceses–, las otras hacían ganancias tan grandes que sus dueños podían retirarse confortablemente a Alemania tras una década de trabajo en México.²⁹

EL APOGEO DE LA COLONIA ALEMANA, 1900-1945

A principios del siglo, la comunidad alemana residente se había transformado en un enclave étnico. De acuerdo con un censo de 1914 realizado por el cónsul alemán, la población alemana en la capital contaba con 1236 adultos, sin contar

²⁶ Residentes estadounidenses a Hayes, mayo 7, 1877, Archivos Nacionales, Washington, D.C. y College Park, Md. (en lo sucesivo citado como NA), RG 59: Registros Generales, Departamento de Estado, Despachos Consulares, México, D. F., microcopia M 296, rollo 8.

²⁷ Más de Rives, México, D. F., jun. 6, oct. 10, y dic. 31, 1888; más de Wharton, México, D. F., jul. 1, 1889, NA, RG 59, Despachos Consulares, México, D. F., microcopia M 296, rollo 10.

²⁸ Wangenheim a Bülow, México D. F., dic. 6, 1905, Bundesarchiv Berlin, R 901: Auswärtiges Amt, R 12299, p. 5-6.

²⁹ Fernando Rosenzweig, “El comercio exterior”: Daniel Cosío Villegas (ed.) *El porfiriato: Vida económica, Historia moderna de México* (México, 1965), vol. 7, pt. 2, p. 693-710; Katz, *Deutschland, Diaz und die mexikanische Revolution*, p. 95-98.

a los austriacos, suizos o alemanes naturalizados mexicanos. El 32% de la población adulta era femenina (en 1865 era el 25%), y, más importante aún, el censo incluyó a más de 400 niños. Por consiguiente, la familia nuclear había sobrepasado en importancia al conquistador comerciante soltero.³⁰ Esta población más amplia y socialmente diversificada generó el surgimiento de varias instituciones alemanas nuevas. En 1912, una guía de viajes a México alemana incluía en su lista un periódico alemán, el *Deutsche Zeitung von México*, así como unas 14 asociaciones: clubes deportivos dedicados al remo, la equitación, el nado y la gimnasia, dos logias masónicas, la antes mencionada asociación femenina y un colegio alemán.³¹

La fundación del colegio fue un momento crucial en la transición de una diáspora disgregada a un enclave étnico. En 1894, el Deutsche Schule von Mexiko/Colegio Alemán de México abrió sus puertas, colegio financiado por los negocios alemanes y un subsidio generoso del Imperio alemán. Aunque inicialmente el colegio ofrecía instrucción en los seis primeros grados solamente, la expansión gradual le permitió ofrecer educación secundaria también. En 1918, el Colegio Alemán graduó a su primera generación de preparatoria, y cuatro años más tarde se convirtió en el primer colegio fuera de Europa en obtener la aprobación de las autoridades alemanas para el grado de *Abitur*.³² El Colegio Alemán perseguía una triple misión: educar a los niños en la tradición de sus antepasados, enseñar a los alemanes lo que necesitaban saber acerca de México, y familiarizar a los mexicanos con la cultura alemana. Puesto que el colegio no podía atraer a suficientes alumnos alemanes, ofrecía dos secciones —una para los germanófonos, y otra para los mexicanos que estudiaban el alemán como lengua extranjera—. A partir de 1905, con la excepción de unos años durante el periodo nazi, los alumnos en la sección mexicana han sido más numerosos que

³⁰ F.C. Rieloff, "Liste der in Mexico D.F. lebenden Deutschen", junio 10, 1914, Politisches Archiv, Auswärtiges Amt, Bonn, Germany (en lo sucesivo citado como AAB), Archiv der ehemaligen deutschen Gesandtschaft in Mexiko (en lo sucesivo citado como ADGM), packet 45, vol. 1.

³¹ Erich Günther, *Illustriertes Handbuch von Mexiko mit besonderer Berücksichtigung der deutschen Interessen* (México, 1912), p. 354.

³² Matthias Wankel, *Reflejo de la historia de dos pueblos: el Colegio Alemán de México/Spiegelbild der Geschichte zweier Völker: Die deutsche Schule in Mexiko, 1894-1942* (México, 1994), p. 81.

los de la sección alemana. Los maestros enseñaban sobre ambas culturas y los temas de los ensayos para un examen exhaustivo incluían “Costumbres y hábitos mexicanos”, “La influencia de Porfirio Díaz en el desarrollo de México” y “Lo de México que cautiva a los alemanes”.³³ A partir de 1913, la ola de patriotismo que recorrió las naciones europeas barrió con el Colegio Alemán. El nuevo director, un administrador de carrera que no sabía nada de México hasta que llegó, vio al colegio como un portavoz de la propaganda alemana y deseaba mantenerlo separado de la sociedad. Para 1915, el director había integrado firmemente al colegio al esfuerzo bélico alemán. En un discurso al consejo de administración del colegio instruyó a todos los presentes para “eliminar en nosotros todo lo que no es alemán y resistir ante la desintegración internacionalista de nuestros pensamientos”. Los exámenes finales reflejaban exactamente dichos esfuerzos: por ejemplo, se pedía a los alumnos “describir todo lo que ha hecho la colonia alemana de México para ayudar a su país natal en la guerra europea”. Para 1919, una nueva declaración de su misión proclamaba que el objetivo del colegio era “practicar la disciplina alemana (...) y abrir los ojos y las mentes con respecto a sus obligaciones para con el carácter y el conocimiento alemanes”.³⁴

Los esfuerzos para promover las iglesias alemanas sufrieron dificultades mucho mayores. Con la opción de las parroquias mexicanas, los católicos alemanes no se organizaron sino hasta fines de los años 1910, y para entonces el ataque del Estado revolucionario contra la Iglesia no permitió la fundación de una parroquia católica alemana. Mayoría entre los alemanes de la ciudad de México, los luteranos tuvieron más éxito. Desde 1861 se habían congregado en una variedad de edificios, incluyendo un monasterio, la Iglesia Episcopal Británica y una sala de conciertos donde, según reportó el pastor, “decorados lascivos que representaban a Venus y tórtolas amenazaban la callada devoción de los (...) visitantes”. En 1930, la organización luterana de Berlín empezó a proporcionar respaldo financiero para la construcción de un templo, así como un subsidio

³³ *Jahresbericht 1912*, 10; Archivo Histórico, Colegio Alejandro von Humboldt, México, D. F. (en lo sucesivo citado como AHCA), caja 2.

³⁴ *Jahresbericht 1915*, 11, 18; *Jahresbericht 1919*, 3; AHCA, caja 2.

para el pastor. Debido a que la élite comerciante carecía de interés, sin embargo, el proyecto languideció hasta 1957.³⁵ Ni siquiera el hecho de que el Sínodo de Misuri con base en Estados Unidos empezó a cortejar a los luteranos a mediados de los años 1920 pudo alentar a la mayoría de los comerciantes alemanes a abandonar su indiferencia.³⁶

Los enclaves extranjeros también profundizaron el abismo que los separaba de la sociedad mexicana en general. En las palabras de un miembro de la colonia alemana, los alemanes vivían bajo una “campana de cristal”. Hasta los años 1950, esta campana de cristal cercaba a las familias alemanas “antiguas” a tal grado que el alemán, y no el español, seguía siendo la lengua materna incluso de los nacidos en México. En la mayoría de las familias de los comerciantes se prohibía a los niños hablar español dentro de la casa, aparte de lo necesario para la comunicación con los sirvientes mexicanos. La existencia de una colonia considerable con sus instituciones culturales y sociales propias permitía en consecuencia a los comerciantes educar a sus hijos en un ambiente alemán.³⁷

Nada mejor para describir esta existencia enclaustrada que las observaciones hechas por una socióloga estadounidense, Ethelyn C. Davis, acerca del hijo de extranjeros nacido en México. El párrafo siguiente refleja su propia experiencia de haber crecido en la ciudad de México; basta con leer “alemán” donde ella pone “americano”:

Sus contactos con los mexicanos rara vez exceden a los de sus padres. Usualmente va al colegio [alemán], si llega a encontrar compañeros de juego, hablan [alemán] y aprenden sus modos (...) Lo cuida una sirvienta sobre la cual pronto aprende a asumir autoridad; no se le exige que haga nada por sí mismo y se vuelve dependiente de los sirvientes para sus necesidades. Mientras permanezca en México no se encuentra en una posición entre las dos culturas y existe poco conflicto en su situación. Cuando se va de México es cuando encuentra conflictos porque la vida ahí

³⁵ Nagel, “Integration oder nationalistische Abgrenzung”, (núm. 4), p. 135-71.

³⁶ “5 Jahre deutsche evangelische Kirchengemeinde in Mexiko”, Evangelisches Zentralarchiv, Berlín, 5/2827, p. 66-75; entrevista con Gabriele Buchenau, Warleberg, Alemania, junio 2, 1992.

³⁷ Entrevista con Gabriele Buchenau, Warleberg, Alemania, junio 5, 1992; entrevista con Richard Eversbusch, México, junio 8, 1998.

no lo equipó para enfrentar las condiciones que encuentra en [Alemania]. Cuando se va de México es cuando se encuentra en una posición marginal.³⁸

La vida bajo la campana de cristal era la de los enclaves extranjeros en la ciudad de México. A excepción de los españoles, que se casaban dentro de la élite mexicana, estas colonias cultivaban un sentido de separación, tanto entre ellas como de la sociedad mexicana.

La Primera Guerra Mundial acentuó las fuerzas que militaban en favor de la autosegregación. Tras muchas décadas durante las cuales los alemanes habían coexistido con otras comunidades de inmigrantes en la ciudad de México, la guerra trazó una línea entre los alemanes por una parte, y las colonias británica, francesa y estadounidense por la otra. Mientras que, como veremos, los extranjeros temían inicialmente a la Revolución mexicana más de lo que se temían entre sí, después de 1915 el restablecimiento del orden llevó las rivalidades imperiales por completo al primer plano. Ese año la legación alemana auspició la creación de la Verband Deutscher Reichsangehöriger o Confederación de Ciudadanos del Reich Alemán. La VDR no sólo recolectaba contribuciones para el esfuerzo bélico alemán y difundía propaganda pro alemana en la prensa de la ciudad de México; junto con el *Deutsche Zeitung von México*, ayudó también a imponer la conformidad política entre la colonia alemana. De acuerdo con el ligeramente paranoico embajador de Estados Unidos Henry P. Fletcher, los miembros de la VDR entrenaban incluso a los boy scouts mexicanos en el paso de ganso que hizo famoso el ejército prusiano.³⁹ Así, la colonia alemana parecía, al menos desde afuera, unida en su apoyo al esfuerzo bélico alemán. Los hijos de muchos comerciantes se enlistaron en las fuerzas armadas alemanas, y la co-

³⁸ Davis, "The American Colony in Mexico City" (núm 3), p. 18.

³⁹ Friedrich Katz, *The Secret War in Mexico: Europe, the United States, and the Mexican Revolution* (Chicago, 1981), pp. 446-48; Fletcher al Servicio Consular de E. U., México, D. F., mayo 30, 1917, y George T. Summerlin a George A. Chamberlain, México, D. F., ag. 2, 1917, NA, RG 84, Registros de los Correos del Servicio Exterior del Departamento de Estado, Consulado en México, D. F., 1912-1936, vol. 312, expediente 711.3, 1917; Duems a von Lübeck, México, D. F., julio 1, 1918; NA, RG 84, Embajada en México, D. F., 1912-1936, vol. 587, expediente 820.02, 1918; "Lista Alfabética de los Asuntos de los Poderes Teutónicos," sep. 8, 1917, NA, RG 165, caja 2031, expediente 9140-668/3; W. E. Herring al Censor en Jefe de las Fuerzas Armadas, feb. 17, 1919, NA, RG 165, caja 3775, archivo 10915-201/77.

lonia recibía cada noticia de que alguno de ellos había muerto con gritos de orgullo patriótico. Finalmente, las listas negras prohibían a los nacionales de cada uno de esos países comerciar con el enemigo, y un importante incentivo para la cooperación internacional desapareció por consiguiente.⁴⁰

A pesar de esta oleada de fervor nacionalista, la Revolución mexicana (1910-40) podría haber acabado con la autosegregación de la colonia alemana. Comenzada como un amplio movimiento de oposición contra el dictador Díaz, la coalición revolucionaria se desintegró poco después de su triunfo, lo que condujo a seis años de luchas faccionarias entre movimientos agrarios, nacionalistas de las clases alta y media, trabajadores urbanos y contrarrevolucionarios. Para disgusto de los comerciantes extranjeros, que pronto lamentaron melancólicamente el paso de una época dorada, los revolucionarios compartían el deseo de dar fin a los privilegios que los extranjeros ricos habían gozado en el México porfirista. Es más, la confusión forzó a las colonias extranjeras a cooperar: mientras que sus hijos se mataban entre sí en las trincheras europeas, los comerciantes de 17 países diferentes formaron un “Comité Internacional” para repeler a los generales saqueadores y los préstamos forzados.⁴¹ Finalmente, la Constitución de 1917 con sus provisiones sobre la nacionalización de la tierra y el subsuelo quitó a los diplomáticos extranjeros la posibilidad de proteger a sus ciudadanos contra la legislación mexicana. Cumplida al pie de la letra, esta nueva Constitución habría planteado un serio desafío para el enclave alemán.

Un estudio de la ley de inmigración mexicana, sin embargo, demuestra que los enclaves extranjeros capearon los aspectos nacionalistas de la Revolución con relativa facilidad. La ley de inmigración porfirista respetaba el hecho de que la mayoría de los inmigrantes no querían que sus hijos se volvieran mexicanos en virtud de su nacimiento en México. Aunque la Constitución de 1857

⁴⁰ Chamberlain al Secretario de Estado, México, D. F., oct. 31, 1917, NA, RG 59, 763.72112/5323; Summerlin al Secretario de Estado, México, D. F., ene. 8, 1918, NA, RG 59, 763.72112/6414; Chamberlain a Summerlin, México, D. F., jul. 31, 1917, NA, RG 84, Consulado en México, D. F., 1912-1936, vol. 312, archivo 711.3, 1917; Junta de Comercio de Guerra, Lista Confidencial, abr. 4, 1919, NA, RG 165, caja 3802, expediente 10921-2/26-4.

⁴¹ John M. Hart, *Revolutionary Mexico: The Coming and Process of the Mexican Revolution*, segunda edición (Berkeley, 1997); Luise Böker a María Pocorny, México, D. F., feb. 26, 1915, y Franz Böker, “Versuch über mein Leben etwas aufzuzeichnen”, Archivo Boker, S.A., México, D. F., Fondo Memorias.

propugnaba el principio de *ius soli*, la ley estipulaba que un niño nacido en México de padres extranjeros retendría la ciudadanía de su padre si éste así lo deseaba. No fue sino hasta 1933 que una reforma migratoria cerró esta laguna jurídica, e incluso entonces, la práctica alemana de *ius sanguinis* permitía la doble ciudadanía alemana-mexicana. Mientras que los recién llegados con propiedades continuaban gozando de una puerta abierta en México, la nueva legislación buscaba mantener fuera a los inmigrantes de clase más baja y medios modestos, quienes después de 1918 formaban el grueso de la inmigración. En 1936, el presidente Lázaro Cárdenas firmó una ley diseñada para promover la miscegenación de las comunidades extranjeras obviando los requisitos de inmigración para quienes se casaran con mujeres de “origen mexicano”.⁴² Esas medidas, sin embargo, no tuvieron éxito. En vísperas de la Segunda Guerra Mundial, la colonia alemana se había duplicado, ya que las restricciones de inmigración en Estados Unidos forzaban a un creciente número de migrantes de clases baja y media a buscar en otras partes un nuevo hogar. La endogamia siguió siendo la excepción más que la regla, y la mayoría de los alemanes continuaban aferrándose a su identificación con la patria. Había una buena razón para esa actitud, pues los gobiernos posrevolucionarios continuaban dando tratamiento de alfombra roja a los residentes extranjeros. Lamentablemente, ni la carnicería de la Primera Guerra Mundial, que debería haberles dado a los mexicanos una buena razón para cuestionar la supuesta superioridad europea, pudo acabar con esta situación.⁴³

En consecuencia, la Revolución no perjudicó la posición de los comerciantes alemanes en la ciudad de México. Desde luego, el caos político generalizado dificultó el comercio, y durante los peores años de la guerra, las ventas se desplomaron. Una vez pasados esos años difíciles, vinieron tiempos mejores. El nuevo presidente Venustiano Carranza favorecía las inversiones alemanas como contrapeso para el creciente flujo de capitales de Estados Unidos. De hecho, Carranza expresó sentimientos pro germánicos tales que los diplomáticos estadounidenses y alemanes creyeron que podría entrar a una alianza

⁴² Moisés González Navarro, *Población y sociedad en México* (México, 1974), vol. 2, p. 34-56.

⁴³ Nagel, “Integration oder nationalistische Abgrenzung”, p. 52-70.

mexicano-alemana. De ahí el desafortunado telegrama Zimmermann, que proponía dicha alianza y contribuyó a llevar a Estados Unidos a la guerra con Alemania, y las frecuentes diatribas del embajador de Estados Unidos Henry P. Fletcher contra la influencia alemana en México.⁴⁴ Además, una vez que hubo terminado el combate más intenso, los comerciantes cobraban sus artículos en pesos de oro, aprovechándose del hecho de que muchos mexicanos habían atesorado monedas de oro en los tiempos del papel moneda sin valor.⁴⁵

Irónicamente, la Revolución contribuyó a un proceso que fortaleció en vez de debilitar a la colonia alemana. Para todos los comerciantes alemanes, los años de confusión descartaron un regreso a su patria en el futuro previsible, e incrementaron por lo tanto sus intereses en México. En 1917, varios comerciantes alemanes reunieron recursos para financiar El Ánfora, una fábrica de loza de gran éxito. Mientras que los proveedores en Europa y Estados Unidos batallaban para sobrevivir a la quiebra, los fabricantes mexicanos como El Ánfora empezaron a surtir el mercado y finalmente ayudaron a esos comerciantes a superar la Gran Depresión.⁴⁶ Una creciente participación en la compra de bienes raíces complementó esa tendencia a invertir en México. Para 1930, la mayoría de los alemanes acomodados había comprado una residencia privada, y algunos comerciantes poseían incluso el edificio que albergaba su negocio. Con tanto capital invertido en México, los comerciantes alemanes cobraron mayor interés en la colonia e invertían cantidades considerables de tiempo y dinero para ayudar al enclave a tener éxito. Mientras que la mayoría de los alemanes todavía imaginaban un regreso eventual, México se había vuelto el centro de su vida.

No es sorprendente que su vida en México difiriera de la de sus compatriotas en Europa. Mientras que los alemanes de México gozaban de prosperidad y elevado estatus social a pesar de la Revolución, en Alemania la gente sufría

⁴⁴ Como ejemplo, véase Fletcher al Secretario de Estado, México, D. F., mayo 24, 1918, NA, RG 59, 862.20212/1261. con respecto a la miopía de Estados Unidos acerca de la amenaza alemana en el México de principios del siglo XX, véase Nancy Mitchell, *The Danger of Dreams: German and American Imperialism in Latin America* (Chapel Hill, 1999).

⁴⁵ Franz Böker, "Schicksal von Kapital und Arbeit im Hause Boker", Archivo Boker, S.A., México D. F., Fondo Memorias, p. 5.

⁴⁶ Entrevistas con Gabriele Buchenau, Warleberg, Alemania, junio 5 y 6, 1992; Brígida von Mentz et al. *Los empresarios alemanes y el Tercer Reich* (México, 1987), vol. 1, p. 55 y 156-57.

guerra, hambre, humillación nacional, inflación galopante y crecimiento económico lento. Como resultado de esta discrepancia, las familias alemanas antiguas veneraban la imagen de una patria que ya no correspondía a la realidad. Tal vez inevitablemente, ese deseo de aferrarse a la grandeza pasada contribuyó a un rechazo casi unánime de la República de Weimar entre los comerciantes de la ciudad de México.⁴⁷ El tema que mejor demostró esta oposición conservadora a la República de Weimar fue el *Flaggenstreit*, o debate sobre la bandera alemana. La bandera oficial de la República de Weimar era negra, roja y oro, la bandera de los demócratas alemanes desde las Guerras Napoleónicas. La inmensa mayoría de los alemanes de Latinoamérica rehusó reconocer esos colores, prefiriendo la bandera negra, blanca y roja del imperio.⁴⁸ En 1922, una encuesta realizada por la VDR puso de manifiesto la actitud de la mayoría de los alemanes de México: 1,800 favorecían la bandera imperial y sólo dos, la negra, rojo y oro.⁴⁹ Las familias comerciantes antiguas tenían sentimientos tan fuertes sobre el tema que no les importaba enfrentarse al gobierno de Berlín. En 1920, por ejemplo, el propietario alemán del edificio que albergaba el consulado alemán arrió la bandera negra, roja y oro del consulado e izó la negra, blanca y roja en su lugar. Incapaz de encontrar un propietario que lo apoyara en el *Flaggenstreit*, el cónsul cambió sus oficinas a la legación alemana.⁵⁰

No es sorprendente que los alemanes de México reaccionaran con regocijo no disimulado ante la noticia de que Adolf Hitler había sido nombrado canciller. Ya en 1930, no sólo tenían la esperanza de un golpe de Estado de derecha, sino que muchos de ellos habían expresado sentimientos nazis y antisemíticos.⁵¹ Los comerciantes apoyaban a Hitler por varias razones: la humillación de Alemania tras la guerra mundial perdida, la promesa de la derecha radical de ayudar a las plazas comerciales alemanas, el miedo al comunismo tanto en

⁴⁷ Mentz, *et al.*, *Los empresarios alemanes*, vol. 2, pp. 203-48; entrevista con Gabriele Buchenau, Warleberg, Alemania, junio 2, 1992.

⁴⁸ Stefan Rinke, "*Der letzte freie Kontinent*": *Deutsche Lateinamerikapolitik im Zeichen transnationaler Beziehungen, 1918-1933* (Stuttgart, 1996), pp. 379-91.

⁴⁹ Montgelas a Auswärtiges Amt, México, D. F., ene. 23, 1922, AAB, R 79645.

⁵⁰ Montgelas a Auswärtiges Amt, México, D. F., sep. 16, 1920, AAB, R 79645.

⁵¹ Tanto, que los inmigrantes judíos en México se sintieron amenazados por esta retórica. Entrevista con Marianne Frenk-Westheim, México D. F., junio 20, 2000.

México como en Alemania y un “idealismo del expatriado alemán” con una ideología que creaba un fuerte vínculo cultural y político entre la patria y la diáspora. De muchas maneras, la colonia alemana había operado por mucho tiempo como un microcosmos de lo que los nazis deseaban lograr entre todos los *Volksdeutsche*, o pueblos de cultura alemana.⁵² Es más, los alemanes de ascendencia judía no ocupaban puestos prominentes en las organizaciones de la colonia. Finalmente, si cualquiera entre los antiguos clanes comerciantes tenía dudas acerca de los nazis, la dependencia de su empresa de las importaciones alemanas lo hacía pensar dos veces antes de oponerse a Hitler en público.⁵³

No obstante, los esfuerzos nazis para unificar a todos los *Volksdeutsche* encontraron un éxito limitado. El ministro de Hitler, el barón Rüdiger von Kollenberg, no tuvo mayor problema para alinear a los expatriados alemanes con las políticas nazis, y al menos 150 alemanes se unieron al partido nazi.⁵⁴ En particular, los inmigrantes recientes, que constituían casi la mitad de todos los alemanes de la ciudad de México, apoyaron de manera entusiasta la causa nazi. Dependiente de un subsidio gubernamental de Berlín, el Colegio Alemán, por largo tiempo un bastión de educación intercultural, alejó a veintenas de alumnos y padres mexicanos y se dedicó por entero a enseñar la ideología nazi. Para 1939, todas las instituciones de la colonia alemana respondían a la *Auslandsorganisation* (Organización del Extranjero). La AO también supervisaba las actividades de la pequeña rama local del partido nazi, trataba de sobornar a los políticos mexicanos y colaboraba con las operaciones de inteligencia alemanas.⁵⁵ Esas mismas políticas totalitarias, sin embargo, crearon una diáspora disidente de habla alemana, puesto que más de dos mil exiliados alemanes, entre ellos muchos intelectuales, artistas y políticos de izquierda, pronto se unieron a un pequeño número de antifascistas alemanes en México. Estos nuevos inmigrantes no perdieron tiempo en atacar el Estado totalitario de Hitler.⁵⁶ Con esta nueva

⁵² Mentz, *et al.*, *Los empresarios alemanes*, vol. 1, p. 323-33.

⁵³ *Ibid.*, 143-70; Gus T. Jones, “The Nazi Failure in Mexico”, Stanford University, Hoover Institution Archive, Gus T. Jones collection, p. 4-13.

⁵⁴ *El Popular*, 19 de octubre, 1941.

⁵⁵ Jones, “The Nazi Failure in Mexico”.

⁵⁶ Patrik von zur Mühlen, *Fluchtziel Lateinamerika: Die deutsche Emigration, 1933-1945; politische Aktivitäten und soziokulturelle Integration* (Berlín, 1988), p. 160.

división, el objetivo nazi de conformidad ideológica entre los germanohablantes de México no se logró.

Para disgusto de Kollenberg, la cooperación en asuntos económicos y políticos resultó todavía más difícil de lograr. Aun cuando sus esfuerzos para eliminar la venta de mercancías estadounidenses, británicas y francesas en las tiendas alemanas tuvieron cierto éxito, los más antiguos negocios se opusieron a tales limitaciones. Más aún, muchos dueños ni despedirían a sus empleados judíos ni se unirían al partido nazi. Dichas compañías no sólo dependían de su ajeña colaboración con empresas estadounidenses, sino que sus directores también sabían que una dependencia exclusiva de los productos alemanes garantizaría su inclusión en las listas negras de Estados Unidos en caso de guerra. Compañías como la Casa Boker se separaron oficialmente de sus accionistas alemanes.⁵⁷ Cuando estalló la guerra, los cautelosos comerciantes alemanes también renunciaron a sus cargos en las organizaciones de la colonia.⁵⁸ En general, más importantes eran los intereses de un individuo en la economía mexicana y menos cumplía con los dictados de la legación alemana.

La Segunda Guerra Mundial asestó un golpe aplastante a esos esfuerzos. Antes del ataque alemán a Francia, los nazis y la colonia alemana habían gozado de relativa rienda suelta en sus actividades. Conscientes del hecho de que la mayoría de los mexicanos favorecía una posición estricta de neutralidad, el decididamente antifascista presidente Lázaro Cárdenas declaró en mayo de 1940 que su gobierno no se preocupaba por una quinta columna en México. Pero cuando los ejércitos alemanes atacaron Europa occidental, Cárdenas prometió al gobierno de Estados Unidos apoyar la coordinación de la defensa hemisférica a cambio de una resolución favorable de las disputas mexicano-norteamericanas pendientes. Para principios de 1941, su sucesor, Manuel Ávila Camacho, permitió a los agentes de Estados Unidos lanzar una campaña de inteligencia que

⁵⁷ Gunther Boker a Miguel Alemán, México, D. F., mar. 29, 1948, Archivo General de la Nación, México, D. F., Ramo Presidentes, Miguel Alemán Valdés 562.11/9-8; ídem, "Unsere Geschaefte waehrend und nach dem Kriege", Archivo Boker, S.A., Fondo Memorias, expediente "Familiengeschichte," p. 3-5.

⁵⁸ Véase lista de directivos del Casino Alemán, Club de Equitación y Club de Remo preparada por el FBI (probablemente Gus Jones), feb. 13, 1942, NA, RG 165: División de Inteligencia Militar, caja 2460, expediente "NSDAP vol. 19."

destruyó la influencia de la AO.⁵⁹ Finalmente, el estado de guerra entre Estados Unidos y las potencias del Eje condujo a una alianza mexicano-norteamericana, al declarar Ávila Camacho que la guerra oponía a las democracias y las dictaduras.⁶⁰ En diciembre de 1941, su gobierno congeló los activos de los nacionales del Eje así como los de todos los mexicanos que comerciaban con el Eje, y seis meses más tarde, México le declaró la guerra a Alemania tras el hundimiento de dos buques petroleros mexicanos por submarinos alemanes.

La existencia de las colonias alemana, italiana y japonesa, sin embargo, descartó una completa armonización con los intereses estadounidenses. Los mexicanos no deseaban castigar a sus nacionales cuyo único pecado era hablar, parecer o actuar como alemanes, italianos o japoneses. El gobierno mexicano también rechazó los llamados para la deportación de agentes nazis, a quienes internaron en una antigua fortaleza, y no expropió las propiedades alemanas como habían hecho Guatemala, Brasil y otros países latinoamericanos. Es más, permitió a los alemanes nacidos en México declararse ciudadanos mexicanos. Esos actos de insubordinación causaron el encono de muchos funcionarios del Departamento de Estado, uno de los cuales criticó al gobierno mexicano por no haber tomado medidas duras con los nacionales de “extracción germánica cuyas conocidas simpatías son pro Eje”.⁶¹

Habiendo frustrado los designios geopolíticos alemanes en México, los diplomáticos estadounidenses se centraron entonces en la destrucción de la colonia alemana. En este esfuerzo, la “Lista Proclamada de Ciertos Nacionales Bloqueados,” que prohibía a los ciudadanos estadounidenses todas las transacciones comerciales con quienes estuvieran en la lista, resultó ser muy efectiva. Al contener más de dos mil nombres, la lista anunciaba una cacería de brujas estadounidense en México que arruinó muchos negocios pequeños legítimos.

⁵⁹ Blanca Torres Ramírez, *México en la segunda guerra mundial* (México, 1979), pp. 9-66; *Excelsior*, mayo 23 y junio 4, 1940.

⁶⁰ Texto de la transmisión incluida en McGurk al Secretario, México, D. F., dic. 11, 1941, NA, RG 59 812.00/Ávila Camacho, Manuel/171.

⁶¹ Welles a Messersmith, Washington, D.C., mayo 23, 1942, NA, RG 84: Registros de los Puestos del Servicio Exterior del Departamento de Estado, México, D. F. (México) Registros Generales, 1937-52, caja 152. Con respecto a la tesis de que México cooperó sólo con renuencia con Estados Unidos, véase María E. Paz, *Strategy, Security and Spies: Mexico and the United States as Allies in World War Two* (University Station, 1998).

Por ejemplo, la División de Inteligencia para el Comercio de Guerra agregó a un joven fotógrafo a la lista porque había *solicitado* una película alemana para su estudio.⁶² Con un México beligerante, la Lista Proclamada logró el efecto deseado. En junio de 1942, Ávila Camacho puso a todas las firmas e instituciones del Eje bajo la supervisión de la “Junta de Administración y Vigilancia de la Propiedad Extranjera”. Aunque el gobierno mexicano devolvió la mayoría de las compañías alemanas después de la guerra, la colonia alemana nunca se recuperó de ese golpe. Debido a la incautación del Colegio Alemán y demás instituciones culturales alemanas por parte de la Junta, la Segunda Guerra Mundial destrozó de manera insalvable la campana de cristal que separaba al enclave alemán de la sociedad mexicana.⁶³

LA DESINTEGRACIÓN DE LA COLONIA ALEMANA, DE 1945 HASTA EL PRESENTE

La posguerra vio desvanecerse las anteriormente nítidas líneas entre la colonia alemana y la sociedad mexicana. México había cambiado demasiado para aceptar la autosegregación continuada de las colonias extranjeras. La industrialización produjo una clase media mexicana formidable, cuyos miembros no aceptaban las barreras artificiales existentes entre los enclaves extranjeros y la sociedad mexicana. Más familias mexicanas empezaron a matricular a sus hijos en los colegios de las colonias extranjeras –colegios que gozaban de excelente reputación por su currículo estricto y educación bilingüe–. Finalmente, dentro de la colonia alemana, la llegada de empleados de negocios multinacionales marginó a las antiguas familias comerciantes. Puesto que la mayoría de esos recién llegados planeaba una estancia relativamente breve en la ciudad de México, las nuevas llegadas fragmentaron aún más a una ya dividida comunidad.

⁶² Resumen por el Comité Internacional, “Brehme, Hugo”, 1 de mayo, 1942, NA, RG 353: División de Inteligencia del Comercio de Guerra, caja 22, expediente III.

⁶³ Con respecto a las actividades de la Junta, véase Junta de Administración y Vigilancia de la Propiedad Extranjera, *Informe sintético de su actuación durante el período comprendido entre el 15 de junio de 1942 y el 15 de junio de 1947* (México, D. F.: n.p. 1947).

Las restricciones de inmigración del Estado mexicano desempeñaron un rol importante en ese proceso de asimilación. La política de fines del siglo XIX de “blanquear” a México había terminado, y una serie de reformas migratorias había buscado excluir primero a los pobres y finalmente a casi todos los inmigrantes. El nacionalismo económico y la xenofobia que acompañaron a la Revolución alentaron el crecimiento natural de la población y la naturalización de los inmigrantes extranjeros. Pronto, el rápido crecimiento de la población mexicana y la creciente influencia política de las clases medias –la principal competencia para los inmigrantes extranjeros– provocaron que el gobierno fuera aún más severo con la inmigración. Tras la reforma migratoria de 1973, la mayoría de los inmigrantes sólo calificaba para visas temporales, y la obtención de la residencia permanente en México se hizo más difícil que obtener una *green card* para Estados Unidos.⁶⁴ Puesto que sólo un flujo continuo de inmigrantes podía compensar la pérdida de las personas por la reemigración y (la creciente) miscegenación, dichos cambios amenazaban a la colonias extranjeras, en particular a la comunidad alemana. La inmigración y naturalización de nacionales alemanes quedó prohibida hasta la reanudación de las relaciones diplomáticas en 1952, y la legislación mexicana continuó reduciendo las actividades de los residentes alemanes existentes. No es sorprendente que la mayoría de los alemanes nacidos en México declararan tardíamente que deseaban ser considerados ciudadanos mexicanos, paso que les permitía traer a los miembros de la familia de Alemania.⁶⁵

Los cambios en la sociedad mexicana también alentaron la asimilación. Las élites y las clases medias mexicanas habían adquirido confianza en sí mismas a partir de la victoria en la guerra, y el abismo del totalitarismo había desacreditado por fin a los supuestamente superiores modos alemanes. Además, siguiendo el liderazgo de Estados Unidos, México empezó a producir cultura de masas que resultaba atractiva para los hijos y nietos de los inmigrantes

⁶⁴ M. D. Mónica Palma Mora, “Inmigrantes extranjeros en México, 1950-1980”, tesis doctoral, Universidad Nacional Autónoma de México, 1999, p. 83-132.

⁶⁵ Oeste de Bopp, “Die Deutschen in Mexiko”, 522; Archivo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores, México D. F., Archivo de Concentraciones, Constancias de Nacionalidad.

extranjeros. Cuando los jóvenes mexicanos usaron los nuevos medios de comunicación masiva para articular su propia versión de la ola de contracultura que se hizo en Estados Unidos, sus pares de las familias extranjeras descubrieron que estaba “de moda” ser mexicano.⁶⁶ Entretanto, la industrialización que sustituía a la importación produjo un número considerable de *nuevos ricos* urbanos que pronto descubrieron el valor y el prestigio de las instituciones extranjeras como el Club Alemán y el Colegio Alemán. Exclusivamente alemán antes, el Club Alemán sufrió una mexicanización profunda: de los 14 miembros de la mesa directiva del Club, sólo cuatro hablan el alemán como lengua materna. A medida que la ciudad de México pasó de ser una ciudad de un millón de habitantes a una megalópolis de 20 millones, la colonia alemana se volvió cada vez más marginada, y el uso del español, más importante. Hoy, casi todos los alemanes nacidos en México —ya sean de primera o de sexta generación— consideran al español como su lengua materna, y la mayoría de los que han aprendido alemán lo hablan con acento español. Finalmente, los últimos 30 años han sido testigos de un creciente número de matrimonios entre alemanes y mexicanos, usualmente alumnos del Colegio Alemán.⁶⁷

Estos cambios se reflejaron en el Colegio Alemán. Tras la toma de control de la Junta en 1942, el colegio no ofreció instrucción en alemán hasta su reprivatización en 1948. Como resultado, la parte mexicana de la población estudiantil se incrementó a casi el 75%, y el español se convirtió en la lengua de mayor uso entre los alumnos. En 1950, Rudolf Brechtel, el nuevo director del Colegio Alemán, trató de revertir la tendencia ordenando el uso exclusivo del alemán en los dos grados del jardín de niños, al igual que en el primer grado. Aun cuando esta orden condujo a un mejor dominio del alemán, Brechtel no podía, sin embargo, dictar la lengua que usaban los niños en las instalaciones del colegio, y el español siguió siendo dominante en el mismo. Esta tendencia no hizo sino crecer durante los años 1960 y 1970, ya que los maestros contratados

⁶⁶ Eric Zolov, *Refrid Elvis: The Rise of the Mexican Counterculture* (Berkeley: University of California Press, 1999); Carlos Monsiváis, “¿Tantos millones de hombres no hablaremos inglés? (La cultura norteamericana y México)”, en Bonfil Batalla, p. 500-13.

⁶⁷ Entrevista con Dennis Brehme, Greenville, SC, 25 de mayo, 1999; entrevista con Renate Boker de Hernández, México, D. F., 1 de junio, 1998; entrevista con Pedro Boker, México, D. F., 2 de octubre, 1999.

en la Alemania de la posguerra tenían cada vez mayores dificultades para conectarse con sus conservadores alumnos alemanes y mexicanos. Según Blanca Huici, ex secretaria del Colegio Alemán, los “maestros hippies vestidos desaliñadamente” eran una pobre publicidad para la cultura alemana. Para empeorar las cosas, esos maestros ganaban un salario hasta veinte veces mayor que el de sus colegas contratados en México, incluyendo a los que hablaban español y alemán perfectamente y que por lo tanto poseían la mejor calificación para enseñar en esa escuela bicultural. No obstante, las familias de la élite mexicana, incluyendo las de los ex presidentes Luis Echeverría y José López Portillo, continuaban mandando a sus hijos al Colegio Alemán.⁶⁸ Los mexicanos ricos aún creían que el conocimiento de la cultura alemana mejoraba el tejido moral de sus hijos.⁶⁹

Aun cuando no disuadió ni a los mexicanos ni a los alemanes de ir al Colegio Alemán, el asunto de los “maestros hippies” subrayó la crisis de confianza que la Segunda Guerra Mundial había dejado en la colonia alemana. Los ciudadanos de las Alemanias imperial y nazi habían llevado la frente alta en un tiempo en que la ciencia y el poder militar alemanes se urdían para dominar al mundo, y con frecuencia habían considerado a los mexicanos como un pueblo inferior. Con la unidad alemana destrozada y los dos estados sucesores vueltos un par de peones en el tablero de ajedrez de la Guerra Fría, autosegregarse de la sociedad mexicana era difícil de justificar. Es más, la colonia cayó en luchas internas y recriminaciones mutuas. El pasado nazi dividió a los que habían participado activamente en la dictadura de los que habían observado la situación pasivamente, sólo para proclamar en alto sus inclinaciones antinazis tan pronto como terminó la guerra, para no mencionar a los refugiados del terror de Hitler. Existía una brecha más profunda entre estos tres grupos y los que regresaron de Alemania,

⁶⁸ Más recientemente, sin embargo, el Colegio Alemán ha decaído un poco. El ex presidente Carlos Salinas de Gortari, por ejemplo, mandó a sus hijos al Liceo Mexicano-Japonés. Véase Jane Bussey, “Salinas de Gortari, Carlos”: Michael Werner (ed.), *Encyclopedia of Mexico: History, Society, and Culture* (Chicago, 1997), vol. 2, p. 1332.

⁶⁹ Blanca Huici “Los años cincuenta”: *Noticias Humboldt*, No. 4-5:5 (junio 1999), pp. 79-82; entrevista con Verónica Kugel, México D. F., 9 de junio, 1998; entrevista con Blanca Huici, México, D. F., 8 de octubre, 1999.

quienes habían pasado por cinco años de bombardeos aéreos y se quejaban amargamente de la actitud materialista de los alemanes en México. A sus ojos la colonia alemana había gozado de un crucero en México a pesar de la Junta y de la hostilidad de Estados Unidos.⁷⁰

Hoy, la antigua colonia alemana se ha marginado a sí misma dentro de la comunidad de germanohablantes en la ciudad de México. Entre 1960 y 1990, casi 17 mil alemanes vinieron a México, un tercio de ellos a la capital, y los alemanes ocupaban el cuarto lugar en la lista de inmigrantes, después de los ciudadanos estadounidenses, españoles y guatemaltecos. “Nómadas industriales” con contratos de tres a cinco años, la mayoría de estos recién llegados trabajan para compañías multinacionales como Volkswagen y planean regresar a Alemania al concluir su contrato. Seguros en sus trabajos y mejor pagados que la mayoría de los miembros de la colonia antigua, estos *Kartoffeldeutsche* o “alemanes papas” [recién llegados de Alemania] están más ajenos a los miembros de la colonia antigua que los alumnos mexicanos del Colegio Alemán. En consecuencia, más allá del aula, sólo tenues vínculos conectan a los inmigrantes anteriores a 1945 y sus hijos con los nómadas industriales alemanes, quienes con frecuencia muestran poco interés en la sociedad mexicana.⁷¹

Así, no fue sorprendente que la Asociación de Ayuda Social de la Colonia Alemana cambiara recientemente las dos últimas palabras de su nombre a “Comunidad Alemana”. Hoy, la colonia alemana existe sólo de nombre, y la palabra “comunidad” expresa mejor los débiles lazos que prevalecen entre los germanohablantes de la ciudad de México.⁷²

En cuanto a los que echaron su suerte en México –los miembros del enclave original y sus descendientes–, el camino a la asimilación todavía no ha llegado a su conclusión. Incluso hoy sigue siendo ventajoso para la comunidad alemana conservar los lazos con la cultura alemana. No sólo el bilingüismo confiere ven-

⁷⁰ Oeste de Bopp, “Die Deutschen in Mexiko”, p. 497; entrevista con Gabriele Buchenau, Warleberg, Alemania, 5 de junio, 1992; entrevista con Helmut Buchenau, Hattiesburg, MS, 18 de octubre, 1997; entrevista con Ulrich Buchenau, Julich, Alemania, 16 de mayo, 1996.

⁷¹ Palma, “Los inmigrantes extranjeros”, p. 173-79; entrevista con Verónica Kugel, México, D. F., 9 de junio, 1998.

⁷² Entrevista con el presidente de AASCA, Klaus Boker, México, D. F., junio 8, 1998.

tajas a cualquier individuo, sino que las cosas “americanas” y “europeas” conservan aún un regusto de superioridad en México. Es más, muchos mexicanos todavía consideran extranjeros a los descendientes de inmigrantes alemanes, rubios y de ojos azules, a pesar de su impecable acento y otras características mexicanas. De igual manera, muchos mexicano-alemanes continúan sintiéndose privilegiados por su etnicidad, y algunos de ellos todavía tratan a los mexicanos con desdén.⁷³

En cierto sentido, los alemanes de México han cerrado un círculo: tal como en el siglo XIX, la mayor parte de la comunidad alemana sueña con una breve estancia en una tierra exótica y planea volver a una Alemania más rica si no más sabia. Tal como los conquistadores comerciantes, los nómadas industriales mantienen su mundo social en Alemania y consideran su estancia en México una aventura exótica en el mejor de los casos, y en el peor, un mal necesario para el avance profesional. Ni los conquistadores comerciantes del siglo XIX ni los nómadas industriales de fines del siglo XX buscaban vivir su vida bajo un capelo. Al fin y al cabo, la fase de enclave fue una excepción, producto de una era ultranacionalista en la historia del mundo y de Alemania. E incluso en la fase de enclave, los comerciantes alemanes, conservadores y nacionalistas, apoyaron el imperialismo del Imperio alemán o la agresión nazi sólo mientras sus intereses lo dictaran.

¿Por qué les ha tomado más tiempo la aculturación a las familias alemanas de la ciudad de México que a las comunidades alemanas mucho mayores en Argentina, Brasil y Estados Unidos? A pesar de los esfuerzos que siguieron a la Revolución mexicana, la identidad nacional mexicana sigue siendo particularista más que incluyente (la ideología tradicional estadounidense del crisol o *melting pot* sirve de ejemplo para esta última). En el México del siglo XIX, las construcciones dominantes de la identidad nacional excluyeron tanto a la población indígena (por “prieta” y provinciana) como a la “extranjera” estadounidense y europea (por “blanca” y cosmopolita). La lengua y la apariencia física

⁷³ Un empleado de alto nivel en una firma mexicano-alemana, por ejemplo, me dijo que los propietarios, nacidos en México, “se ven y actúan como alemanes”. Entrevista con Álvaro Gómez, México, D. F., 23 de mayo, 1998.

servían de común denominador en esta ecuación. De esta manera, los criollos y mestizos de habla española se consideraban los “verdaderos mexicanos”, mientras que la propaganda indigenista posterior a 1920 buscaba exaltar a todos los mexicanos como la “raza cósmica”. El fracaso de los regímenes posrevolucionarios para vivir de acuerdo con esta idea minó su credibilidad. Hoy, la misma idea de nación que oprime al pueblo indígena beneficia aún a los extranjeros: los “verdaderos mexicanos” se consideran a sí mismos por encima de los “indios”, pero por debajo de los europeos y los americanos estadounidenses. Como grupo privilegiado en términos tanto de clase como de etnicidad, la colonia alemana se ha tomado en consecuencia su buen tiempo para formar parte de la sociedad mexicana. ❧